

CAPITULO XLI.

Entrevista del coronel Dalmau con Mr. Orry.—Muerte de la Reina.

CONCRETADOS en los anteriores capítulos á asuntos puramente de Cataluña, es necesario, ántes de continuar la narración de la resistencia opuesta y de la terminación de la guerra sostenida por los catalanes, echar una ojeada sobre lo que en Madrid acontecía. La terrible enfermedad que hacía tiempo minaba la existencia de la joven Reina, puso fin á sus días el 14 de febrero de 1714, acontecimiento sensible y doloroso para D. Felipe, que lloró sinceramente la muerte de la fiel compañera que le había consolado, en sus hondas tribulaciones, y que, cediendo al dolor de su alma, le hizo poner el gobierno en manos del cardenal napolitano Francisco Giudice, que no mucho tiempo ántes había sido nombrado inquisidor general.

Gran descontento produjo el citado nombramiento en el ánimo de la camarera mayor, aya del príncipe de Asturias, la princesa de los Ursinos, que comprendió no podría adquirir, dado esto, la privanza y valimiento que ambicionaba, por lo que, poniendo en juego todas sus artes, valiéndose de la refinada intriga, para la que parecía dotada de especiales facultades, consiguió no mucho tiempo después que el cardenal Giudice fuese sustituido por Mr. Juan Orry, recién llegado á España, y del que, por haberlo favorecido extraordinariamente, comprendía que tendría que doblegarse á sus exigencias y satisfacer todos sus caprichos. La desmedida ambición de mando que dominaba á esta dama le hizo soñar con lo irrealizable, y fué durante algun tiempo causa de murmuraciones y habillitas que grandemente perjudicaban al Rey.

La muerte de la reina D.^a Isabel fué una gran pérdida para el Monarca, pues aparte del profundo cariño que la profesaba, desapareció con su existencia, además de la amante y fiel esposa, el más desinteresado y el más hábil de sus consejeros.

Ocasión han tenido ya nuestros lectores de juzgar todo lo que verdaderamente valía aquella Reina tan joven y tan prudente al mismo tiempo, en las circunstancias difíciles por que había pasado.

Así era que Felipe, que tenía la verdadera conciencia de lo que había perdido, que no escuchaba consejos ni reflexiones que tendieran á mitigar su dolor, no pudo seguir habitando bajo el mismo techo en que lo hizo la mujer á quien tanto había amado.

En su consecuencia pasóse á vivir á la casa de la duquesa de Medinaceli, sita en la calle del Prado.

Pero este edificio era escaso para encerrarse en él toda la servidumbre del Monarca, y hubo necesidad de dar habitación en el inmediato convento de capuchinos á la princesa de los Ursinos, trasladando, aun cuando interinamente, á los frailes á otro convento.

La presencia de la Princesa se hizo tan necesaria al Rey, y ella supo en aquellos alictivos días manejarse con tal destreza, que á fin de que pudiera estar cerca de la angusta persona el mayor tiempo posible y de que no tuviesen publicidad sus largas entrevistas, se abrió en el edificio una puerta y se construyó una galería que pudiera facilitar la comunicación entre ambas viviendas.

Esto dió lugar á toda clase de suposiciones.

Harto se sabe, por desgracia, que el pensamiento humano es más dado á juzgar mal que bien, y de esto se murmuró extraordinariamente.

Es verdad que á ello no dejaba de contribuir aquel inmenso valimiento de que disfrutaba la Princesa, valimiento que le facilitaba poder obrar á su antojo.

Si la de los Ursinos pudo abrigar ó concebir la esperanza de una más encumbrada posición, es lo cierto que no llegó á conseguirla, pero no por esto dejó, como ya llevamos dicho, de disponer de la gobernación del reino, digámoslo así, relevando á todos aquellos de quienes comprendía que eran obstáculos para el logro de sus designios.

Tras la guerra que había causado tanta agitación en los estados europeos, se hacía necesario un período de bonanza y calma, anhelado por Luis XIV, al cual para ello no faltaba más sino que su nieto firmara el tratado con Portugal y Holanda, sintiendo que, á pesar de sus insinuaciones, no lo hubiera hecho ya, pues comprendía que, dada la impopularidad del partido tory, no sería mucho lo que en el poder podría sostenerse, y abrigaba el convencimiento de que la caída del gabinete británico sería causa de que continuara aún más el estado de agitación y lucha.

El monarca francés sabía la influencia que en el ánimo de su nieto ejercía la de los Ursinos, por lo que, obrando cuerdamente, procuró ganarla primero á fin de que sirviera á sus deseos, mas esto no le fué posible por la negativa que, después del tratado de Rastadt, hizo el emperador de Alemania, á quien se habían dejado los Países-Bajos, de ceder el ducado de Limburgo á favor de la Princesa que lo deseaba, y de lo cual se había tratado, como ya se dijo en otro lugar.

Despechada ésta, supo evitar la entrevista del duque de Berwick con el Rey, que más que á darle el pésame por la muerte de la Reina, venía por encargo de Luis XIV á gestionar que se firmara el tratado con las referidas potencias, y en cambio proporcionaría un ejército francés con que conseguir en breve la rendición de Barcelo-

lona, por lo que el rey de Francia amenazó con que dejaría de enviar tropas ni bajeles hasta tanto que se firmara la paz; pero la camarera mayor consiguió del Rey que, dando treguas á su impaciencia por apoderarse de Barcelona, no diera importancia á las declaraciones de su abuelo, é inmediatamente comisionó á su favorecido Mr. Juan Orry, para que en persona pasase á Barcelona y lograra, por todos los medios imaginables, enterarse de si, con sólo los recursos que España podía aportar y los medios con que se contaban, sería posible conseguir la rendición de la plaza, último baluarte donde el archiduque Carlos se defendía.

Intrigante Orry como el que más, comprendió que, si buenamente podía conseguir la sumisión de Barcelona sin necesidad del auxilio de las tropas francesas, el Rey no podría menos de manifestarse satisfecho, al propio tiempo que sacaba triunfante á su protectora de la lucha que con el gabinete de Versalles venía sosteniendo hacía tanto tiempo.

Este era su designio; así es que tan pronto como llegó al campamento del duque de Popoli, en 29 de abril, hizo saber á los barceloneses su deseo de celebrar con ellos algunas conferencias, con el fin de ver si, pudiéndose llegar á un comun acuerdo, se lograba evitar mayores males, que muy de temer eran si la guerra continuaba.

Atentos los catalanes al sostenimiento de sus leyes y libertades, no omitían nada que pudiera ser encaminado á su conservación, por lo que, accediendo á la manifestación de Orry, comisionaron por su parte al coronel D. Sebastian Dalmau, el cual salió de la plaza en compañía de su teniente D. Ventura Pabero el día 2 de mayo, encaminándose á la línea divisoria de uno y otro campo, donde encontraron á Orry y á Mr. de Guerchy. Sentados unos y otros en el suelo principiaron la conferencia, que no terminó aquel día; al siguiente, después de haber asistido á un suntuoso banquete con que fueron obsequiados en el alojamiento de Guerchy y en el que en perfecta armonía brindaron por el Emperador y por los reyes de España y Francia, continuaron la conferencia, ofreciendo Orry que si inmediatamente se acogían los barceloneses á la clemencia del rey católico, se concedería una amplia amnistia, de la que ninguno sería exceptuado.

En ésta, como en las veces anteriores que á los barceloneses se les había prometido perdón á trueque de acogerse á la clemencia del Rey, se excitó grandemente la indignación de Dalmau, el que, con bastante altanería, contestó á Orry que para nada absolutamente les era necesario el ofrecido perdón, por cuanto en modo alguno eran culpables, que no habría quien se atreviera á calificar de delito el seguir el partido de un príncipe que, además de haberlos conquistado, tenía tan incontestables derechos al trono de España, que no había renunciado á ellos ni aún en la paz de Rastadt; por esto, añadió Dalmau, el Emperador nos ha enviado las más sinceras gracias, felicitándonos al propio tiempo por nuestros esfuerzos y fidelidad, asegurándonos que no perdería ocasión de proporcionarnos los auxilios que pudiera; y terminó el intrépido coronel afirmando que jamás se rendirían sin una terminante y expresa orden para ello de aquel Príncipe á quien habían jurado fidelidad, y que aun así reclamarían siempre sus leyes y privilegios, sosteniéndolos en tanto pudieran manejar la espada.

A tanta decisión trató Orry de oponer la argucia, y mañosamente trató de demostrarle que el espíritu del tratado de Rastadt era bien distinto del que resultaba de la interpretación que los concellers catalanes le dieran; pero todo fué inútil, y convencido de ello el enviado de la Princesa, que á toda costa quería sacar partido, prometió que se les conservarían algunos de los privilegios de que disfrutaban á la muerte de Carlos II si se sometían sin capitulación á la legítima autoridad del Rey, pero que en modo alguno podían esperar que se les confirmaran los que el Archiduque les había concedido.

No cedió tampoco Dalmau, y firme en su resolución, replicó que los querían todos, absolutamente todos, y que para mayor garantía había de ser confirmada su ejecución por un tratado particular que firmaran el Emperador y el Rey.

Más de tres horas duró esta segunda conferencia, sin que lograsen avenirse en ningún punto; regresó Dalmau á la ciudad y Orry al campamento, prometiendo, no obstante, que pasados dos días, durante los que pensarían los argumentos expuestos por cada parte, se reunirían de nuevo para continuar conferenciando y ver si era posible conseguir con acuerdo.

Efectivamente, el 5 de mayo, cuando Dalmau terminaba la comida á que fuera invitado por Mr. Guerchy, se presentó Orry y tuvieron una nueva entrevista, sin que nada pudieran acordar, pues eran iguales las exigencias de cada uno; el barcelonés pedía mucho en pro de su causa, estimando por tanto como demasiado onerosas las condiciones propuestas por Orry.

Despidiéronse los representantes, prometiendo Dalmau volver el día 8, pero sin duda los sitiados comprendieron que era inútil, y faltando á la cita entendió Orry que todo había terminado y que Popoli, desde luego, podía dar comienzo con mayor vigor y energía á las operaciones del sitio.



J. STARR, In.

LIP. VIDAL, Dime 27

COMBATE NAVAL EN LAS AGUAS DE BARCELONA.

CAPITULO XLII.

Toma el duque de Berwick el mando del ejército de Cataluña.—Combate naval en las aguas de Barcelona.

FRACASADAS las negociaciones de que hemos hecho mención, fraguadas más por la despechada ambición de una mujer que por el deseo del bien para ambas partes, el de Popoli, que ya contaba con los elementos necesarios, comenzó á formalizar el sitio.

Ya días ántes el marqués de Marli había marchado á Tolon, de donde volvió con un convoy, del que desembarcó treinta y dos piezas de artillería, veinte de á veinticuatro y doce de á treinta y seis, con un considerable cargamento de bombas, balas y demas municiones de guerra; y al mismo tiempo, conduciendo tambien todo lo que necesario era para el sitio, llegó otro convoy procedente de Saint-Malo.

Por su parte los barceloneses celebraron un importante consejo de guerra, al que asistieron los concellers D. Rafael Casanova, Salvador Feliu de la Peña, D. Raimundo Sanz, Francisco Antonio Vidal, José Llaurador y Jerónimo Ferrer, el general en jefe don Antonio de Villarreal, el de artillería D. Juan Bautista Basset, los de batalla D. Miguel de Ramon y Tord y D. José Antonio Martí, el brigadier D. José de Moragull y los coroneles marqués de las Navas, D. Francisco Sant Miguel y de Monrodon, D. Sebastian Dalmau, D. José Vicente Torres Gimeno, D. Pedro Vinyals, don Blas Ferrer, D. Gregorio de Saavedra y Portugal y D. Antonio del Castillo y Chirriño.

Invitado por los magistrados municipales para que este consejo emitiera su libre y espontánea opinión acerca de las probabilidades de conseguir un éxito, dados los medios con que para la defensa contaban, todos los individuos, inspirados en su valor y constancia, así como tambien en los deseos de que quedaran á salvo sus privilegios, en pro de los que se sostenían á pesar de las infinitas penalidades sufridas y de las decepciones que habían experimentado, se manifestaron unánimemente conformes en que de la resistencia debía esperarse todo, en vista de lo que la municipalidad, con aplauso general, resolvió que se continuara, así como tambien acordó que en adelante se negaría á escuchar las proposiciones que de capitulación hiciera el enemigo, á fin de que, como dice el *Diario* del sitio y defensa de Barcelona del 9 de junio de 1714, «jamás pueda la violencia enemiga triunfar de corazonas tan generosas, que estiman en ménos el sacrificio de sus vidas que la ignominiosa esclavitud de verse sujetos á quien no puede dominar con razon, ni justicia, ni equidad, esperando con fe firme que la misericordia del Señor protegerá tanto su constancia, que podrán perpetuar eternamente el timbre de haber sido instrumentos de la piedad divina para la libertad de toda la monarquía de España y para que en la debilidad de tan corto recinto halle lastimoso escarmiento la presunción del que fía sólo en las fuerzas humanas la dominación de las monarquías.»

Con esto dieron comienzo las hostilidades, apoderándose las fuerzas del duque de Popoli de los conventos del Monte Calvario y del de Jesus, desde donde fuerzas catalanas habían hostilizado á los sitiadores y que tuvieron que abandonar convencidos de que era inútil la resistencia en aquellos puntos, adonde, por otra parte, habían concentrado las fuerzas reales el fuego de seis cañones.

Al mismo tiempo un número extraordinario de bombas y granadas caían en la plaza, sembrando la consternación y dando lugar á terribles cuadros que conmovían el ánimo, pero que no amenguaban en lo más mínimo el valor de los defensores de la ciudad.

Tal es el sentido en que se expresa un historiador particular de los sucesos de Cataluña, significando que el de Popoli tenía ya bastante apretado el cerco cuando el de Berwick llegó á tomar el mando de las fuerzas sitiadoras.

Pero otros autores, y entre ellos Lafuente, lo refieren de distinta manera.

Parece que Felipe no quiso que se extremase el rigor contra la plaza despues que el de Popoli se apoderó del convento de Capuchinos, dándose como razon de esto lo siguiente:

Luis XIV, á pesar de que en union de Inglaterra tenía hecho el ofrecimiento de intervenir en favor de los catalanes, para justificar su proceder contrario á lo prometido, dió por pretexto que aquéllos se excedieron en su conducta, y en su consecuencia acordó el envío de veinte mil hombres en auxilio de su nieto.

El duque de Berwick era el encargado de su mando, y la experiencia de tan notable jefe parecía desde luego asegurar un buen éxito para su empresa.

Como que la resuelta actitud de los catalanes no daba esperanzas de una fácil solución en el sentido pacífico, era preciso utilizar todos los medios, y el rey de España aceptó el ofrecimiento de su abuelo.

Los historiadores particulares de los sucesos de Barcelona, áun cuando conformes con los acontecimientos más esenciales, difieren en las causas que los produjeron, y en su consecuencia, la version que dan para la llegada de Berwick varía bastante.

Convencida la de los Ursinos, dicen, que sus instancias respecto al ducado apeteído serían infructuosas, trató de reanudar las buenas relaciones entre España y Francia, pero en este deseo abundaba más Felipe V que, al ver dispuesto á su abuelo á negociar solo la paz con Holanda, dejándole abandonado, transigió y

solicitó los recursos que á cambio de ello le tenía prometidos para someter el Principado.

Es por demas curioso conocer un fragmento de las Memorias del mariscal de Berwick, en el que despues de dar cuenta de haber recibido un despacho del Rey católico nombrándole generalísimo de las tropas, añade acerca de las instrucciones que recibiera lo siguiente:

«Se me advertía que si solicitasen capitulación ántes de la abertura de las trincheras, sólo me comprometiese á mediar con su Señor para salvarles la vida, pero que una vez empezadas las operaciones, me abstudiese absolutamente de recibirlos, sino rendidos á discreción.

«Parecióme tan extraordinaria esta orden y tan poco cristiana, que la puse en conocimiento del Rey, su abuelo, el cual me dió por contestación facultades para que obrara como tuviera por conveniente.

«Escribí tambien á Madrid manifestando mis reparos, pero lo único que pude conseguir fué el permiso de prometer mi intercesion despues de abierta la trinchera y puestos los cañones en batería. No me causó gran extrañeza este modo de pensar de la corte madrileña, pues desde el advenimiento de Felipe V al trono se hacía alarde de una altanería que más de una vez lo puso en inminente peligro.»

Continúa despues el Mariscal enumerando los desaciertos políticos, que así podemos calificarlos, y termina: «A ser más moderados los ministros y generales españoles, según parece lo exigía la prudencia, Barcelona habría capitulado inmediatamente despues de la marcha de las tropas imperiales, pero como la corte de Madrid y el duque de Popoli *hablaban siempre públicamente del saqueo y del dogal*, los pueblos se pusieron furiosos y desesperados.»

Cierto es que Popoli alimentaba un odio personal, bastante fundado contra los barceloneses, porque insultaron á su mujer cuando en 1705 el Archiduque se apoderó de la ciudad.

La verdad es que se encargó del sitio el mariscal de Berwick, y que le hizo entrega del mando el duque de Popoli, el cual regresó, muy pocos días despues, á Madrid.

El nuevo general trasladó entónces su alojamiento á la casa que ocupaba Guerchy en San Martín de Provensals, que era sitio más próximo al que quería principiár abatir y por donde, en primer lugar, pensaba que se abriera la trinchera.

Por este tiempo los habitantes de Mallorca, que no cesaban de auxiliar á los que, como ellos, sostenían la causa del Archiduque, enviaron una flota cargada de provisiones, compuesta de cincuenta y tantas velas.

El teniente general de marina Mr. Bellefontaine, que había sustituido á Mr. Ducasse cuando éste, fundándose en motivos de salud y otras causas, obtuvo su retiro, se preparó á combatirlos, y saliendo á su encuentro, favorecido por la oscuridad de la noche, las acometió; pero siendo la misma causa favorable para ambos contendientes, sólo logró apresar unas veinte naves, consiguiendo las restantes penetrar en el puerto, que habían dejado abandonado los sitiadores para con todas sus naves oponerse en alta mar á que llegaran á poder de los barceloneses los recursos tan necesarios que de Mallorca les enviaban.

El ejército sitiador constaba entónces de veinte batallones españoles, cincuenta franceses y cincuenta y un escuadrones; en Gerona y en el resto del Ampurdán estaban acantonados más de quince batallones y ocho escuadrones para contener los pueblos, y por la parte de Tarragona, Igualada y Vich otros veinte batallones y treinta escuadrones para hacer frente á los tercios de migueletes y á los somatenes. El parque de artillería contaba ochenta y siete cañones de grueso calibre y treinta y tres morteros, contando veinte piezas de á treinta y seis, más de un millon quinientas mil libras de pólvora, teniendo ademas todos los útiles, pertrechos y herramientas.

Con este considerable material determinó el mariscal de Berwick abrir la brecha por la parte oriental de la ciudad, punto que juzgó más favorable para el logro de sus designios; el día en que tenía ordenado romper el fuego, un enviado de la plaza llegó al campamento y entregó á Guerchy un pliego del general jefe de las fuerzas sitiadas en Barcelona; el Marqués, sin abrirlo, lo entregó al Mariscal y éste lo devolvió al mensajero, diciéndole que cuidara de no volver otra vez al campamento, pues quedaría prisionero, que advirtiera á los de la ciudad que no quería recibir más parlamentos y que para escuchar sus proposiciones, si querían hacerle algunas, debían empezar por abrirles las puertas de la ciudad y rendirse á discreción, único requisito con que les daría audiencia y podría atenderlos.

En el párrafo que anteriormente hemos citado de las Memorias de este Mariscal, que él mismo dejó escritas, hemos visto como censuraba las instrucciones que se le habían dado; pero sin embargo, á fuer de obediente y leal, en virtud de ellas, tuvo necesariamente que emplear el tono que hemos visto con el mensajero, y contestar á Villarreal, cuando de ello le dió sentida queja, *que las leyes de la cortesía y buena correspondencia no tenían aplicacion á rebeldes como lo eran los catalanes.*



DEFENSA DEL BALUARTE DE SANTA CLARA DURANTE EL SITIO DE BARCELONA.